

que sintió salir irresistiblemente su convicción de la palabra "muchacha" acentuada casi de la misma manera por el tío y el sobrino. Y añadió:

—Haznos un favor. Sigue un poco á Mario; esto te será fácil, porque no te conoce; y supuesto que hay muchacha de por medio, haz por conocerla. Nos escribirás la historietta, y se divertirá el abuelo.

A Teódulo no le gustaba mucho este género de espionaje; pero habíanle conmovido los diez luises, y creía que podrían traer otros detrás de sí. Aceptó, pues, la comisión y dijo:

—Como usted quiera, tía.

Añadiendo para sí:

—Ya estoy convertido en dueña.

La tía Guillenormand le abrazó.

—No harías tú nunca esas extravagancias, Teódulo. Tú obedeces á la disciplina, eres esclavo de la consigna, eres hombre escrupuloso y fiel á tus deberes, y no abandonarías á tu familia por ir á ver á una muchachuela.

El lancero hizo una mueca de satisfacción parecida á la del ladrón Cartouche, elogiado por su probidad.

La noche que siguió á este diálogo, Mario subió á la diligencia sin sospechar que se le vigilaba. En cuanto al vigilante, lo primero que hizo fué dormirse. El sueño fué completo y concienzudo. Argos pasó roncando toda la noche.

Al despuntar el día, el mayoral de la diligencia gritó:—¡Vernón! Relevo de Vernón! ¡Los viajeros de Vernón! Y el teniente Teódulo despertó.

—¡Bueno!—murmuró medio dormido aún;—aquí es donde me bajo.

Después empezó á despejarse la memoria poco á poco, y se acordó de su tía, de los diez luises, y de la promesa que había hecho de contar los hechos y los gestos de Mario. Esto le hizo reír.

—Ya no estará tal vez en el coche, pensó para sí abotonándose el levitín. Puede haberse quedado en Poissy y ha podido quedarse también en Triel; si no ha bajado en Meulan, puede haber bajado en Nantes á menos que no se haya apeado en Rolleboise, ó que no haya avanzado hasta Pacy, con la facultad de torcer allí á la izquierda hacia Evreux, ó á la derecha hacia Laroche-Guyón. Ya puede mi tía echarle un galgo. ¿Qué diablos voy á escribirle ahora á la buena vieja?

En este momento un pantalón negro que descendía del imperial apareció en la vidriera de la berlina.

—¿Será este Mario?—dijo el teniente.

En efecto, era Mario.

Al pie del coche, y mezclada con los caballos y los postillones, una muchachuela del lugar ofrecía flores á los viajeros, gritando:

—Flores para las señoras, caballeros.

Mario se acercó á la muchacha, y escogió las flores más hermosas de su cesta.

—Por de pronto,—dijo Teódulo, saltando de la berlina,—ya pica esto mi curiosidad. ¿A quién diablos va á llevar esas flores? Preciso es que sea muy buena moza para que merezca tan lindo ramo. Quiero conocerla.

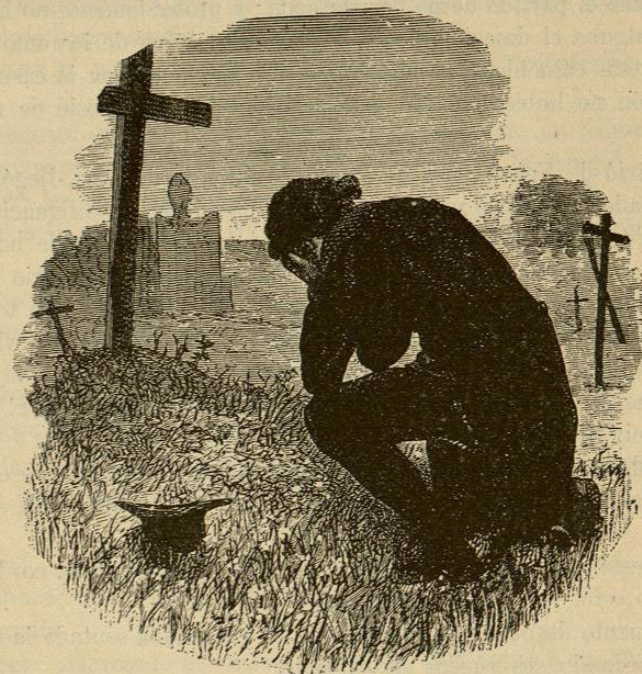
Y no tanto por mandato como por curiosidad particular, á semejanza de los perros que cazan por su cuenta, empezó á seguir á Mario.

Este no fijó la atención en Teódulo. Bajaron de la diligencia algunas mujeres elegantes; Mario no las miró siquiera, parecía que no veía nada á su alrededor.

—¡Está enamorado!—pensó Teódulo.

Mario se dirigió hacia la iglesia.

—¡Perfectamente!—dijo Teódulo.—¡La iglesia! Esto es. Las citas sazonadas con un poco de misa son mejores. Nada tan exquisito como una mirada pasando por encima de Dios.



Mario llegó á la iglesia, pero no entró; dió la vuelta al exterior, y desapareció en el ángulo de uno de los estribos del ábside.

—La cita es fuera,—dijo Teódulo.—Veremos la muchacha.

Y se adelantó de puntillas hacia el ángulo por donde había dado la vuelta Mario.

Al llegar allí, se quedó estupefacto.

Mario, con la frente entre ambas manos, estaba arrodillado sobre la yerba, junto á una tumba. Había deshojado el ramo. En el extremo de la fosa, en un relleno que indicaba la cabecera, había una cruz de madera negra con este nombre escrito en letras blancas: "El Coronel Barón de Pontmercy". Oíase sollozar á Mario.

La chica era una tumba.

VIII

Marmol contra granito.

Allí era donde había ido Mario la primera vez que se ausentó de París. Allí iba cada vez que el señor Guillenormand decía: "Duerme fuera".

El teniente Teódulo se quedó completamente desconcertado con el inesperado

encuentro de un sepulcro; experimentó una sensación desagradable y singular, que le era imposible analizar, compuesta del respeto que inspira una tumba mezclado al respeto debido á un coronel. Retrocedió, pues, dejando á Mario solo en el cementerio, habiendo en su retirada algo de la disciplina. Presentósele la muerte con grandes charreteras, y casi le hizo el saludo militar. No sabiendo qué escribir á la tía, tomó el partido de no decirle nada; y probablemente no hubiera tenido consecuencia alguna el descubrimiento de Teódulo acerca de los amores de Mario, si por una de esas coincidencias misteriosas, tan frecuentes en la casualidad, la escena de Vernón no hubiese tenido, por decirlo así, una especie de resonancia en París.

Mario volvió de Vernón tres días después muy de mañana, llegó á casa de su abuelo, y cansado de las dos noches que había pasado en la diligencia, conociendo la necesidad de reparar su insomnio con una hora de escuela de natación, subió rápidamente á su cuarto, y sin emplear más tiempo que el necesario para quitarse el levitón de viaje y el cordón negro que llevaba al cuello, se fué á tomar el baño.

El señor Guillenormand se levantó temprano, como todos los viejos fuertes; le oyó entrar, y se apresuró á subir lo más pronto que pudo con sus viejas piernas la escalera del cuarto de Mario, al objeto de abrazarle é interrogarle al mismo tiempo para traslucir de dónde venía.

Pero el adolescente había empleado menos tiempo en bajar que el octogenario en subir, y cuando el abuelo Guillenormand entró en la buhardilla, ya Mario había salido.

La cama estaba sin tocar, viéndose sobre ella el levitón y el cordón negro.

—Prefiero esto,—dijo Guillenormand.

Y un momento después entró en la sala en que estaba sentada la señorita Guillenormand bordando sus ruedas de cabriolé.

La entrada fué triunfal.

El señor Guillenormand llevaba en una mano el levitón, y el cordón en la otra.

—¡Victoria!—exclamó.—¡Vamos á penetrar el misterio! ¡Vamos á saber lo fino del fin! Vamos á palpar el libertinismo de nuestro cazurro! Ya tenemos aquí la novela! Tengo el retrato.

En efecto; del cordón pendía una cajita de taflete negro, muy semejante á un medallón.

El viejo tomó esta caja, y la contempló algunos momentos sin abrirla, con ese aire de voluptuosidad, enajenamiento y cólera de un pobre diablo hambriento al oler una comida espléndida que no fuese para él.

—Porque esto, evidentemente es un retrato. Yo no me engaño. Esto se lleva tiernamente sobre el corazón. ¡Qué tontos son! ¡Algún espantoso mascarón, que hará temblar probablemente! ¡Los jóvenes tienen hoy tan mal gusto...!

—Véamosle, padre,—dijo la vieja solterona.

La caja se abrió apretando un resorte, pero no encontraron en ella más que un papel cuidadosamente doblado.

—“De ella á él”,—dijo Guillenormand echándose á reír.—Ya sé lo que es; ¡un billete amoroso!

—¡Ah, ya! ¡Leámosle!—dijo la tía. Y se puso los anteojos.

Desdoblaron el papel y leyeron esto:

—“Para mi hijo”. El emperador me hizo barón en el campo de batalla de Waterloo. La Restauración me niega este título que he comprado con mi sangre; mi hijo le tomará y le llevará. No hay que decir que será digno de él”.

Lo que el padre y la hija sintieron entonces, no es para dicho. Se quedaron helados como por el soplo de una calavera. No cambiaron ni una palabra.

Solamente Guillenormand dijo en voz baja, y como hablando consigo mismo:

—Es la letra de aquel acuchillador.

La tía examinó el papel, le volvió en todos sentidos, colocándolo de nuevo en la cajita.

En aquel momento cayó al suelo, del bolsillo de la levita, un paquetito oblongo envuelto en un papel azul. La señorita Guillenormand le recogió, y desdobló el papel azul; eran las cien tarjetas de Mario.

Cogió una y se la dió al señor Guillenormand, que leyó: “El barón Mario de Pontmercy”.

El viejo llamó, y acudió Nicolassita.

Guillenormand cogió el cordón, la caja y la levita, lo tiró al suelo en medio de la sala, y dijo:

—Llévate esos arreos.

Pasó una larga hora de profundo silencio.

El viejo y la solterona se habían sentado de espaldas, uno á otro, pensando cada uno por su parte probablemente lo mismo. Al cabo de la hora, dijo la tía Guillenormand:

—¡Magnífico!

Algunos minutos después apareció Mario.

Estaba de vuelta.

Antes de haber atravesado el umbral del salón, distinguió á su abuelo que tenía en la mano una de sus tarjetas, quien, al verle, exclamó con su aire de superioridad plebeya y satírica, un tanto abrumadora:

—¡Vaya, vaya, vaya! Ahora eres barón. Te doy la enhorabuena. ¿Qué quiere decir esto?

Mario ruborizándose ligeramente, respondió:

—Esto quiere decir que soy hijo de mi padre.

Guillenormand dejó de reirse, y dijo duramente:

—Tu padre soy yo.

—Mi padre,—repuso Mario con los ojos bajos y aire reposado,—era un hombre modesto y heroico, que sirvió gloriosamente á la República y á la Francia; que fué grande en la historia más grande que hayan podido hacer los hombres; que vivió un cuarto de siglo en el campo de batalla; de día, bajo la metralla y las balas, y de noche entre la nieve, en el lodo y bajo la lluvia; que tomó dos banderas; que recibió veinte heridas; que ha muerto en el olvido y en el abandono, y que no cometió en su vida más que una falta: amar demasiado á dos ingratos, á su país y á mí.

Esto era más de lo que el señor Guillenormand podía oír. A la palabra “República” se había levantado, ó por mejor decir, se había erguido repentinamente.

Cada una de las palabras que Mario acababa de pronunciar, había hecho en el rostro del viejo realista, el efecto del soplo de un fuelle de fragua sobre un tizón ardiente.

De sombrío había pasado á rojo, de rojo á purpúreo y de purpúreo á resplandeciente.

—¡Mario!—exclamó.—¡Abominable criatura! ¡Yo no sé lo que era tu padre! ¡No quiero saberlo! ¡No sé nada! ¡No lo sé! ¡Pero lo que sé es, que entre esas gentes nunca hubo más que miserables; que todos ellos son unos perdidos, asesinos, gorros rojos, ladrones! ¡Digo que todos! ¡y lo repito; todos! ¡Yo no conozco á ninguno! ¡Repito que á ninguno! ¡Lo oyes, Mario! Ya lo ves; eres tan barón como mi zapatilla. ¡Fueron todos bandidos, al servicio de Robespierre! ¡Foragidos, al servicio de Bonaparte! ¡Todos traidores, que vendieron, vendieron á su rey legítimo! ¡Todos cobardes, que huyeron ante los prusianos y los ingleses en Waterloo! Esto es lo que sé. Si vuestro padre fué uno de ellos, lo ignoro, lo siento; tanto peor, servidor vuestro.

A su vez fué Mario el tizón y Guillenormand el fuelle. Mario temblaba de pies á cabeza, no sabía qué hacer, ardía su cabeza. Era el sacerdote que ve arrojar al viento todas sus hostias, el faquir que ve á un pasajero escupir á su ídolo. Era imposible que se hubieran dicho tales cosas delante de él impunemente. ¿Pero qué hacer? Su padre acababa de ser pisoteado y humillado en su presencia; pero ¿por quién? Por su abuelo. ¿Cómo vengar el uno sin ultrajar al otro?

Le era igualmente imposible insultar al abuelo y dejar de vengar á su padre. De un lado una tumba sagrada; de otro unos cabellos blancos.

Estuvo unos instantes aturdido y vacilante, con aquel torbellino dentro de la cabeza; después levantó los ojos, y mirando fijamente á su abuelo, gritó con voz tonante:

—¡Abajo los Borbones! ¡Abajo ese cerdo de Luis XVIII!

Luis XVIII había muerto hacía cuatro años, pero á Mario esto le era indiferente.

El rostro del anciano pasó de escarlata al blanco, á un blanco superior al de sus cabellos. Y volviéndose hacia un busto del duque de Berry que estaba encima de la chimenea, le saludó respetuosamente con cierta majestad singular. Después pasó dos veces lentamente y en silencio desde la chimenea á la ventana, y de la ventana á la chimenea, atravesando toda la sala, y haciendo resonar el pavimento como una estatua de piedra andando. A la segunda vez se inclinó ante su hija, que asistía á esta escena con el estupor de una oveja, y le dijo sonriéndose, con una sonrisa casi serena:

—Un barón como este caballero y un burgués como yo, no pueden continuar bajo un mismo techo.

Y enderezándose de súbito, pálido, tembloroso, aterrador, la frente ensanchada por la terrible irradiación de la cólera, extendió el brazo hacia Mario gritándole:

—¡Vete!

Mario dejó la casa.

Al día siguiente el señor Guillenormand dijo á su hija:

—Mandad cada seis meses sesenta doblones á ese bebedor de sangre, y nunca más volváis á hablarme de él.

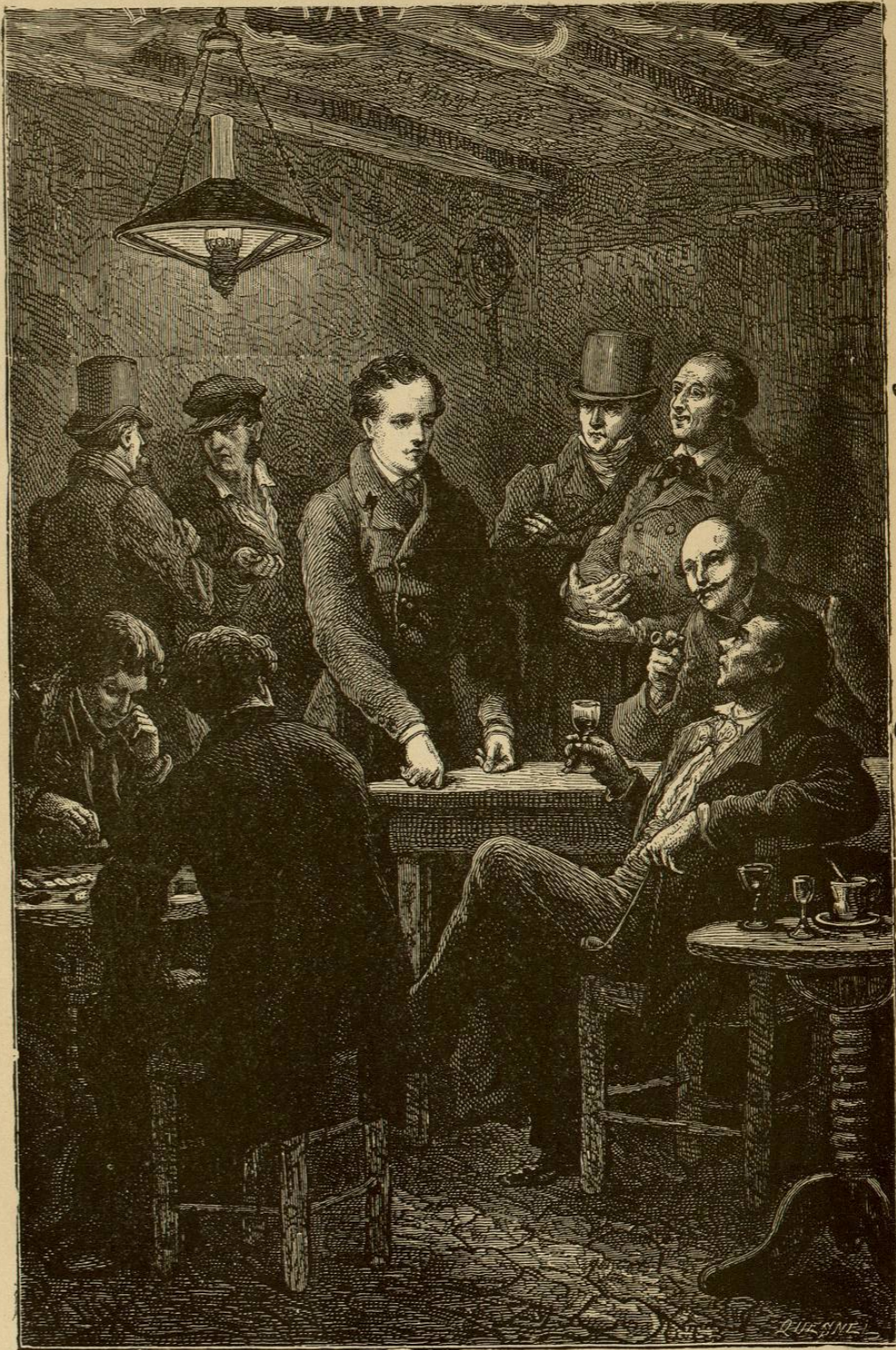
Y como le quedaba todavía una gran cantidad de furor que no sabía en qué emplear, siguió llamando de vos á su hija por espacio de más de tres meses.

Mario, por su parte, había salido indignado.

Una circunstancia, que debemos consignar, agravó aún su exasperación. Existe siempre alguna pequeña fatalidad que complica los dramas domésticos y aumenta los motivos de queja, aunque no aumente los verdaderos agravios. Al llevar precipitadamente por orden del abuelo los "arrees" de Mario á su cuarto, Nicolasita había dejado caer, sin repararlo, y probablemente en la escalera de la buhardilla, que era oscura, el medallón de tafíete negro que contenía el papel escrito por el coronel. Ni el papel ni el medallón pudieron encontrarse; y Mario quedó convencido de que el señor Guillenormand,—desde aquel día no llamó de otra manera á su abuelo,—había arrojado al fuego "el testamento de su padre". Sabía de memoria las pocas líneas escritas por el coronel, y por consiguiente nada se había perdido con aquella fatal desaparición. Pero el papel, la escritura, aquella reliquia sagrada, todo esto formaba su propio corazón. ¿Qué habían hecho de él?

Mario se había ido, sin decir ni saber á dónde, con treinta francos en el bolsillo, su reloj, y alguna ropa en un saco de noche. Subió á un coche de alquiler, le tomó por horas y se dirigió á la ventura hacia el barrio latino.

¿Qué iba á ser de Mario?



Los amigos del A B C.